

Y al levantarlas, Juan veía que aquellos rostros desfigurados eran los rostros de todos sus amigos, sí, pero ya muertos, horribles y descompuestos...

Y sin embargo, seguían repitiendo:

— ¡Juan, entra en la rueda!.....

Después la fatiga acabó por hacer el sueño de Juan tan profundo y pesado, que el spahi no tuvo ya visiones ni ensueños de ninguna clase.

## XXII

Había llegado el gran día, el día del combate.

A las tres de la madrugada todo era movimiento y agitación en el campamento de Djalé.

Spahís, tiradores y Bambaras aliados, se disponían para ponerse en marcha, con sus armas y sus municiones de guerra.

Los sacerdotes marabouts habían hecho grandes rogativas, y habían distribuido muchos amuletos y talismanes.

En los fusiles de los guerreros negros se habían puesto, por orden de sus jefes, pólvora hasta la mitad de los cañones y plomo hasta la boca, como en los tiempos de las grandes batallas, tanto y tan bien, que la mayor parte habrían estallado á la primera descarga, como sucede con frecuencia en las guerras del país negro.....

Primero debían dirigirse hácia el pueblo de Djidiam, donde, según los espías indígenas, Boubakar-Segou estaba encerrado con su ejército detrás de espesas murallas de troncos de árbol y de arena.

Djidiam era la gran fortaleza de aquel personaje, casi legendario, terror del país y especie de mito, cuya fuerza consistía en huir, y en ocultarse siempre en el fondo de un país mortífero, con su ejército carnicero.

Cuando sonase la hora del medio día, debían acampar bajo los grandes bosques, situados frente al cuartel general enemigo.

Después, cuando llegara la noche, debían caer sobre Djidiam, prender fuego al pueblo, que presentaría un magnífico espectáculo ardiendo á la luz de la luna, y luego volver victoriosamente á San Luis, antes que la fiebre hubiese acabado de diezmar la columna.

La víspera, había escrito Juan á sus ancianos padres una carta llena de ternura y de cariño.

¡Pobre carta del soldado que aquel día mismo iría á cruzar los mares para llevar un poco de consuelo y alegría al corazón de una madre!.....

Al despuntar el día, Juan dió un beso á su hijo, que dormía en brazos de Fatou-Gayé, y montó á caballo...

## XXIII

En cuanto Fatou-Gayé dejó de oír el galope del caballo de Juan, se puso en camino de Nialoumbre, llevando á su hijo en brazos.

La negrita iba á aquel pueblo, que pertenecía también á la tribu aliada, en busca de un gran sacerdote marabout, famoso en el arte de las predicciones y la ciencia de adivinar la suerte.

Fatou fué preguntando á todo el que encontraba á su paso, hasta que le dieron las señas é indicaron el camino que conducía á la choza del viejo centenario.

Allí encontró á éste, medio tendido sobre un blanquísimo paño, y balbuceando oraciones á su Dios.

Después de un gran rato en que ambos conversaron largamente, el sacerdote entregó á la joven un saquito de cuero que parecía encerrar una cosa preciosa y de gran mérito, el cual guardó la negrita cuidadosamente en su seno.

Luego el marabaut hizo beber al niño de Juan un brebaje, para que se adormeciese.

En cambio de sus servicios, Fatou-Gayé le dió tres grandes monedas de plata.

¡Eran los últimos khaliss del spahí!

El negro se apresuró á guardarlos en su bolsa. Después, la negra envolvió con amor á su hijo en

pañó bordado, y cargó sobre su espalda aquel precioso fardo.

Cuando salió de la choza del sacerdote marabout, se hizo indicar la dirección del bosque, donde aquella tarde iban á acampar los franceses y emprendió hacia allí su marcha, siempre cargada con su hijo.

## XXIV

Son las siete de la mañana.

Estamos en un paraje escondido del país de Diambour...

Un pantano lleno de hierba; una colina baja que ilumina el sol por la parte del Norte, y por el lado opuesto las inmensas llanuras que llaman los campos de Dialakar... Tal es el cuadro que se ofrece á la vista.

Todo está silencioso y desierto.

El sol aparece tranquilamente en un cielo limpio y puro.

Algunos ginetes se divisan á lo lejos en aquel paisaje africano.

Todos son hermosos, y aparecen arrogantes sobre sus triosos caballos con sus caras rojas, sus pantalones azules y sus turbantes blanquísimos, que azotan sus bronceados rostros.

Sólo vienen doce... doce spahís, enviados para explorar el terreno, bajo el mando de un ayudante.

También Juan; también el spahí de nuestra historia, viene con ellos.

Ningun presagio de tristeza ó temor se lee en su rostro, y su aspecto es tan tranquilo y sereno como el del purísimo cielo.

En el pantano, las altas hierbas, húmedas aún por el rocío de la noche, brillan al sol como si estuviesen cuajadas de brillantes, y los nenufars abren sobre el agua sus grandes flores blancas.

El calor va siendo ya muy intenso, y los caballos alargan sus cuellos para beber, con las narices dilatadas, aspirando el vapor de aquellas aguas muertas.

Los spahís se detienen un instante para deliberar, y echan pié á tierra para mojar sus turbantes y humedecer sus frentes.....

De pronto se oyen á lo lejos golpes ¡sordos, como el ruido de muchos tambores que sonasen todas á la vez.

—¡Es el gran tam tam!—dijo el sargento Muller, que había visto varias veces la guerra en el país negro.

E instintivamente todos los que se habían apeado de sus caballos se apresuraron á montar en ellos.

Pero en aquel mismo instante acababa de aparecer entre las altas hierbas una cabeza negra, á la que siguió el cuerpo de un viejo sacerdote marabout.

Extendió éste su delgado brazo haciendo un signo

extraño, como si hubiese dirigido una orden mágica á las flores que crecían en aquellos pantanos, y una lluvia de plomo cayó sobre los spahís.

Los golpes, bien calculados, en la seguridad de aquella emboscada, no se desperdiciaron.

Cinco ó seis caballos habían caído, y los demás, asustados por la detonación, se encabritaban, echando por tierra á los ginetes heridos.

¡También el pobre Juan había caído al suelo, con una bala en el pecho!

Al mismo tiempo, treinta figuras terribles salieron de las altas hierbas; treinta demonios negros que brincaban, enseñando sus dientes blancos, como una turba de furiosos orangutanes.

¡Oh, combate heroico, que hubiese cantado Homero, y que permanecerá oscuro é ignorado, como tantos otros combates sangrientos del Africa!...

En su defensa suprema, los pobres spahís hicieron prodigios extraordinarios de valor y de fuerza.

La lucha los animaba como á todos los que son valientes, y á pesar de ser muy numerosos sus enemigos, no por eso retrocedían.

¡Cara vendieron su vida aquellos hermosos jóvenes, vigorosos y aguerridos!

Y sin embargo, dentro de algunos años serán olvidados, y nadie, nadie pronunciará ya los nombres de los que cayeron heridos de muerte en los campos de Dialakar .....

Entre tanto, el terrible ruido del tam tam, se iba aproximando.

Y de pronto, durante la pelea, los spahís vieron, como en sueños, pasar por la alta colina á las tropas negras.

Guerreros medio desnudos, cubiertos de *gris-gris*, corriendo en dirección á Dialdé, en desordenados grupos; enormes tambores que cuatro hombres apenas podían arrastrar en su carrera; flacos caballos del desierto, que al ser espoleados por sus ginetes, parecían animales llenos de furioso brío, adornados con altos penachos de lentejuelas, largas colas y crines teñidas de un color rojo fuerte. En fin; el desfile de una procesión fantástica endemoniada; una verdadera pesadilla africana, que pasaba más ligera que el viento ante los fatigados ojos de los pobres spahís moribundos.

¡Era el paso de Boubakar-Segou con su ejército!

Iba á caer más abajo sobre la columna francesa, y pasaba sin mirar siquiera á los spahís, abandonándolos á la tropa emboscada, para que acabase de exterminarlos.

Los infelices spahís eran arrastrados lejos del follaje, hasta las áridas arenas; allí, donde un calor más vivo y una reberberación más terrible les rindiese más pronto.

No había habido tiempo para volver á cargar las armas, y ahora se batían á cuchillo y á sable.

Otros, que habían perdido las armas en la refriega, se servían de sus uñas y de sus dientes.

El suelo estaba regado de sangre, aún caliente.

Dos hombres negros peleaban brazo á brazo con Juan.

El spahí era más fuerte que ellos, y consiguió arrojarles lejos de sí varias veces.

Pero aquellos infames se levantaban del suelo, y volvían siempre.

Por fin las manos de Juan no pudieron hacer presa sobre la piel negra y grasienta de aquellos cuerpos medio desnudos, pues la abundante sangre que manaba de sus heridas le iba debilitando poco á poco.

El infeliz vió entonces confusamente el triste cuadro que le rodeaba ..

Sus compañeros muertos á su lado, y el ejército negro corriendo, y ya próximo á desaparecer.

Allí agonizaba el hermoso y valiente Muller, arrojando abundante sangre por la boca, y á la derecha, ya más lejos, corría el gran Nyaor, en dirección á Saldé, persiguiendo un grupo negro, y repartiendo con su sable terribles golpes á diestro y siniestro....

.....  
Aquellos dos negros arrastraron el desfallecido cuerpo de Juan; después, uno de ellos, sujetó bien sus brazos, y el otro apoyó contra su pecho un enorme cuchillo de hierro...

El desgraciado spahí tuvo un momento de espan-

tosa angustia, durante el cual sintió la presión de aquel cuchillo contra su cuerpo...

¡Y ni un socorro humano, ni un hombre que viniese en su auxilio!...

El rojo paño de su capa y la tela gruesa de su camisa de soldado, formaban una capa que se resistía á aquel mal cuchillo de hierro.

Pero el negro hizo un esfuerzo supremo; Juan lanzó un grito ronco, y la hoja del cuchillo penetró en el pecho, produciendo al desgarrar las carnes un ruido horrible....

El negro removió el cuchillo en la herida; después le arrancó con las dos manos, y rechazó aquel cuerpo con el pié.....

Juan fué el último en sucumbir.

Los demonios negros emprendieron entonces una desenfundada carrera, lanzando un grito salvaje de victoria, y un momento después se reunían á su ejército...

Entonces los sphais quedaron solos, y la calma de la muerte empezó para ellos.....

## XXV

El encuentro de los dos ejércitos tuvo lugar más lejos.

Fué una batalla horrible, aun cuando sus ecos hayan llegado muy debilitados á Francia.

Esos combates que se libran en países tan lejanos, y por los que se interesa tan poca gente, pasan desapercibidos de la multitud.

Sólo se acuerdan de ellos los que perdieron en la refriega un hijo ó un hermano.

Las escasas fuerzas francesas iban debilitándose, cuando Boubakar-Segou recibió, casi á boca de jarro, una descarga en la sien derecha.

Los sesos del rey negro salpicaron á los que le rodeaban de una espesa espuma blanca, y los sacerdotes recibieron en sus brazos su cadaver....

Aquella fué para sus tribus la señal de retirada.

Las tropas negras emprendieron una fuga precipitada hacia las comarcas impenetrables del interior.

Los franceses dejaron huir á sus enemigos, pues no se encontraban en estado de perseguirlos.

Llevaron en triunfo á San Luis el turbante rojo del gran jefe rebelde, acribillado y medio deshecho por los agujeros de la metralla.

Este famoso turbante estaba adornado por multitud de amuletos que encerraban polvos misteriosos, y estaban bordados con signos cabalísticos, que significaban oraciones en la lengua de Magrheb.

Aquella muerte produjo un gran efecto moral en las poblaciones indígenas.

El combate fué seguido de la sumisión de varios jefes insurrectos y pudo considerarse como una victoria.

La columna francesa volvió, pues, triunfante á San Luis.

Allí se concedieron grados y condecoraciones á los que habían tomado parte en la batalla...

¡Pero ay, las filas de los spahis se habían aclaramado mucho!..

## XXVI

Juan se arrastró como pudo hasta llegar al follaje, en un sitio donde había algo de sombra, y allí cerró los ojos para morir.

El desgraciado tenía sed, una sed ardiente, y algunos movimientos convulsivos empezaban á agitar su seca garganta.

Muchas veces había visto él morir á sus compañeros, y conocía por aquella seña! lúgubre que había observado en otros, que se acercaba su fin.

Aquel ahogo que ahora atormentaba al pobre spahí, era lo que llama el pueblo de Africa: *el hipo de la muerte*.

La sangre brotaba de su pecho, y las ardientes arenas bebían aquella sangre como un rocío.

Sin embargo, sus sufrimientos iban siendo cada

vez menores, y aparte de la sed que le quemaba, hubiera podido decirse que estaba bien.

El pobre spahí tenía visiones extrañas; los bosques de los Cevenes, los sitios familiares de otros tiempos, y su choza en la falda de la montaña; todo esto se agitaba confusamente en su imaginación.

Veía el fresco paisaje lleno de sombra, de flores, y surcado por todas partes de límpidos y murmuradores arroyos.

Luego, su anciana y cariñosa madre, tomaba entre las arrugadas manos su ardorosa cabeza, estampaba un beso en su frente y le cogía de la mano para llevarle á su choza como cuando era niño...

¡Oh, una caricia de su madre!... ¡Tenerla allí acariciando su frente con sus manos temblorosas, y humedeciendo con agua fresca su cabeza que ardía!..

¡Pero no; jamás volvería á recibir caricias de su madre; nunca, nunca oiría ya su voz!... ¡Es decir, que todo había acabado?... ¡y estaba sólo... sólo, esperando la muerte, bajo el fuego de los rayos del sol, en medio del desierto!...

Y el infeliz spahí hacía esfuerzos inauditos por levantarse, y no quería, no quería morir así!.....

—¡Juan, entra en la rueda!

Y delante de él pasó como una nube blanca, como un viento furioso de tempestad, una rueda de fantasmas.

Al roce de aquel torbellino sobre las arenas, saltaban chispas que despedían un calor insoportable...

Y entonces los diáfanos bailarines se evaporaban, subiendo en rápidas espirales de humo que describían caprichosas ondulaciones, hasta perderse en el éter azul y puro...

Juan sentía también la sensación extraña de sus giros evaporándose, elevándose transformados en blanca nube de humo.

El joven creyó que había llegado el instante supremo de su muerte.

Pero aquello no fué más que una terrible crispación de sus músculos, un espasmo de dolor horrible.

Una bocanada de sangre salió de su boca y una voz dijo aún silbando contra sus sienes.

—¡Juan, entra en la rueda!...

Y más tranquilo, no sintiendo ya casi sufrimiento, dejó caer la cabeza, que había levantado un poco para poder respirar, y la apoyó de nuevo en su lecho de arena.....

De nuevo los recuerdos de su infancia acudieron á su imaginación con extraña claridad.

Escuchaba distintamente una antigua canción del país, al son de la cual le dormía su madre, siendo niño, cuando estaba en su cuna;... después oía el tañido de la campana de su pueblo, que tocaba al *angelus* de la tarde.

Entonces las lagrimas corrieron por sus mejillas bronceadas, las oraciones de la infancia acudieron á su memoria, y el pobre soldado moribundo se puso á rezar, con el mismo fervor que cuando era niño. Su mano temblorosa logró coger la santa medalla que su madre le había puesto al cuello; y aún tuvo fuerza para llevarla á sus labios y besarla con un amor inmenso...

Invocó con toda su alma á aquella Virgen de los Dolores, á quien su madre rezaba todas las noches, y su alma se sintió de pronto iluminada por la fé radiante de los que van á morir.....

Y en voz alta, con un acento que resonó solemnemente, en medio del silencio de aquellas soledades, á pesar de ser tan débil como un suspiro, dijo:

—¡Adios, adios padres míos!.. ¡Hasta que nos veamos en el cielo!.....

Era cerca del mediodía, y Juan sufría cada vez menos. El desierto, bajo la intensa luz tropical, le parecía todo de fuego, y sin embargo, no sentía ya su calor.

Pero cualquiera que hubiese visto el cuerpo de aquel moribundo no lo hubiese creído así, pues el pecho del desgraciado se dilataba como para aspirar más aire, y su boca se abría como pidiendo agua....

Al cabo de algunos momentos, la mandíbula inferior del spahi cayó y la boca quedó completamente abierta por última vez...

La muerte del Spahi había sido de las más dulces que ocurren en medio del desierto.....

## XXVII

Cuando Fatou-Gayé regresó del pueblo del gran sacerdote marabout, trayendo consigo el misterioso objeto que aquél la había dado encerrado en un saquito de cuero, las mujeres de la tribu aliada le dijeron que la batalla había terminado.

Entonces ella corrió al campo, ansiosa, anhelante y rendida de cansancio, sin embargo de lo cual, corría y corría, llevando sobre sus espaldas al niño que continuaba dormido é iba envuelto en un paño azul...

Lo primero que vió la negrita fué al musulmán Nyaor-Fall, que la miraba hacia él gravemente.

Fatou le dirigió estas dos palabras en la lengua del país:

—¿Dónde está?...

Y Nyaor, con ademán de profundo respeto, extendió su brazo hacia el sur, en dirección de los campos de Dialakar, y dijo tristemente:

—¡Allí!... ¡Ha ganado el paraíso!

Todo el resto del día anduvo Fatou-Gayé recorriendo el desierto presa de horrible angustia y llevando siempre al niño cargado á la espalda...

Iba y venía, corriendo algunos ratos y dando saltos como una pantera á quien hubiesen robado sus hijos, y seguía buscando siempre bajo el ardiente sol, mirando por entre las malezas espinosas, para lo cual se desgarraba las manos, sondeando los pantanos, recorriendo todos los senderos.....

Por fin, en una árida explanada, vió un caballo muerto. . después una capa roja, .. después dos, después tres ..

Era el campo de la derrota.

¡Allí habían caído los spahís!...

Por uno y otro lado algunas espinosas matas y malezas dibujaban sobre el dorado suelo sus ténues y raquíticas sombras, y á lo lejos, al final de aquella explanada inmensa, la silueta de un pueblo de chozas puntiagudas aparecía en el fondo del horizonte azul.

Fatou-Gayé se había detenido horrorizada y temblando...

Era que había reconocido el cadáver de Juan, que estaba tendido á sus pies con los brazos extendidos y la boca desmesuradamente abierta. .

La negrita empezó á recitar una extraña invoca-



ción del rito pagano, haciendo sonar al mismo tiempo los *gris-gris* y amuletos que pendían de su cuello...

Así estuvo largo rato hablando en voz baja y mirando á aquel cadaver con ojos estraviados, cuya parte blanca estaba inyectada de sangre...

De pronto aparecieron á lo lejos algunas mujeres negras de la tribu enemiga, que venían en dirección á los muertos...

Fatou, al verlas, sospechó que iba á presenciar al gún espectáculo horrible.

Eran aquellas negras, viejas asquerosas que venían á buscar á los soldados muertos con el objeto de despojarlos...

Y haciendo horribles gestos, riendo y lanzando bromas burlescas, arrancaban los botones dorados de los uniformes, colocándolos después en sus crespos cabellos; después cogían los sables, los cinturones y las capas rojas.....

Fatou-Gayé estaba acurrucada detrás de una mata y puesta en guardia como una gata esperando al raton.

Cuando le llegó el turno á Juan para que aquellas horribles viejas le despojaran, la negrita dió un salto con las uñas preparadas, lanzando chillidos de fiera é injuriando á aquellas viejas en una lengua desconocida... El niño, que se había despertado, se

erguía asustado en la espalda de su madre, furiosa y terrible...

Las viejas negras tuvieron miedo y retrocedieron...

Por otra parte, habían cogido ya buen botín y pensaron que al día siguiente podrían volver...

Entonces cambiaron entre sí palabras que Fatou no pudo comprender, y se alejaron, volviéndose cuando en cuando para dirigir á la negrita risas feroces y sangrientas burlas.....

Cuando Fatou-Gayé estuvo otra vez sola, se sentó al lado de Juan y le llamó por su nombre...

Tres veces seguidas gritó: «¡Juan!... ¡Juan!... ¡Juan!...» con una voz ahogada, que resonaba en aquella soledad como la voz de una antigua sacerdotisa llamando á los muertos...

El sol de Africa, que caía implacable sobre su cabeza, parecía no hacerla ninguna impresión, y permanecía con los ojos fijos mirando á lo lejos sin ver.

Los buitres detenían su vuelo cerca de ella, sacudiendo el aire pesado con sus alas negras. Andaban rondando alrededor de los cadáveres, pero no se atrevían á tocarlos, encontrándolos sin duda demasiado recientes.....

Fatou-Gayé reparó en la medalla de la Virgen que el spahi conservaba aún en su mano fría... Comprendió por esto que al morir había pensado en su Dios.....

También ella tenía una medalla de la Virgen y un escapulario, que llevaba entre sus amuletos formando raro contraste. Se los habían dado en San Luis los sacerdotes católicos cuando la habían bautizado; pero la negrita no tenía fé ni en la medalla, ni en el escapulario.

Cogió un amuleto de cuero, que, allá en el país de Galam, una mujer negra, su madre, le habían dado y le besó con amorosa veneración.

Después se inclinó sobre el cuerpo de Juan, y le levantó la cabeza.

Por la boca abierta, y entre los blancos dientes, se veían las encías casi negras, y un líquido ya fétido salía de sus labios.....

## XXIX

Entonces Fatou cogió á su hijo para estrangularle. Como no quería oír sus gritos, le llenó la boca de arena.

Tampoco quiso ver su rostro amoratado y desfigurado por la asfixia, y haciendo con las uñas un agujero en el suelo, metió en él la cabeza del niño.

Después con las dos manos, apretó el cuello cuanto pudo, hasta que los pequeños y vigorosos miembros, que se retorcían por el dolor, cayeron inertes.

Cuando estuvo muerto, le colocó sobre el pecho de su padre.

Así murió el tierno hijo del pobre Juan Peyral...  
¡Misterios!... ¿Qué Dios había concedido la vida al hijo del spahí?... ¿Qué había venido á hacer sobre la tierra, y á qué lugar volvía?.....

Fatou-Gayé lloró entonces lágrimas de sangre, y sus gemidos resonaron horribles y desgarradores en los desiertos campos de Dialakar... Después tomó el saquito misterioso que le había dado el sacerdote marabout, y sacando de él un frasquito de veneno, apuró de un trago su contenido.

Al cabo de un momento empezó su agonía, una agonía larga y cruel.

Mucho tiempo se retorció el cuerpo de Fatou en convulsiones de dolor.

La infeliz se desgarraba la garganta con las uñas y se arrancaba los cabellos.

Los buitres la rodeaban, contemplando aquella presa que se les preparaba.....

## XXX

Cuando el sol se ocultó para los campos de Dialambour, la agonía de Fatou-Gayé había terminado. Su cuerpo inanimado yacía al lado de Juan, te-

niendo entre sus brazos rígidos y apretados el cadáver del niño.

La noche descendió sobre aquellos cadáveres, serena y estrellada.....

Aquella misma tarde había pasado, allá en los Cevenes, por delante de la casa de los padres del spahí, el cortejo de la boda de Juana.

## XXXI

Se oyeron como gemidos extraños, que salían de las entrañas del desierto...

Después, el concierto lúgubre se fué aproximando y haciéndose más claro y perceptible: le producían los gritos terribles de los chacales, los agudos chillidos de las hienas y los maullidos de los tigres.

¡Pobre madre, pobre anciana!...

Aquella forma humana que se dibuja vagamente en la obscuridad de la noche y que está allí tendida, en medio de la soledad, con la boca abierta, bajo el cielo sembrado de estrellas; aquél que duerme ahora que se despiertan las fieras del desierto, aquél que está allí tendido y que no se levantará ya nunca, nunca, aquél... ¡Pobre madre, pobre vieja!... ¡aquél es tu hijo!.....

—¡Juan, entra en la rueda!...

¡Ah! la luz de las estrellas va á iluminar un horrible espectáculo: las fieras van saliendo de las entrañas del desierto y acuden presurosas... La hora del banquete deseado por la ciega naturaleza, ha llegado ya...

¡Triste ley!... Todo lo que vive, se alimenta bajo una forma ú otra de lo que ha muerto.....

El spahí conserva siempre la santa medalla en su mano helada, y la mujer su saquito de cuero...

¡Velad sobre ellos, preciosos amuletos!

Mañana continuarán los buitres la obra de destrucción comenzada por las fieras, y los huesos de aquellos cadáveres serán desparramados por la arena y blanquearán á la luz del sol, bien limpios de su carne.....

Ancianos infelices, que allá en vuestra choza, sentados al lado del fuego, esperais anhelantes el regreso de vuestro hijo, del hermoso spahí de rojo ropaje... ¡Desgraciados viejos! ¡renunciad á toda esperanza, renunciad á la única dicha que os aguardaba en este mundo!

¡El spahí! ¡vuestro hijo!... ¡no volverá!.....